

mento, y comienzan otro género de construcción, como el que junta por medio de fuerte argamasa las piedras antes divididas en moles inmensas. Como tal argamasa con agua se hace y al sol necesita secarse, los antiguos dijeron que habían construído las murallas Neptuno y Apolo, trocados en misérrimos jornaleros. El fundador no quiso pagar á los dioses su jornal, y de aquí una maldición divina, y de la maldición divina el consiguiente castigo. En el minuto de sonar éste reinaba Príamo sobre Troya. Hijo suyo fué Paris. Y este hijo, condenado, como hemos visto, pensó en volver tras aquel juicio célebre al palacio de sus padres. Como era tan hermoso enamorábanse las mujeres de su hermosura, y la ninfa Enone, amada en otro tiempo de Apolo, prendóse de él y consiguió ser su esposa. Pero él no soñaba sino con la promesa que le había hecho Venus, con la promesa de gozar á la más bella entre sus vecinas las mujeres de la hermosa Heda, á Helena, esposa de Menelao y reina de Esparta. La ninfa Enone había recibido de Apolo, su amador, el dón de profecía, y, ejercitándolo, columbró lo que debía pasar bien pronto. Así anunció á Paris las calamidades consiguientes á un amor tan peligroso como el amor de aquella Helena, la cual no podía ir á su tálamo sino por un medio tan violento como el robo. Atribuyó Paris

los anuncios de su esposa fiel á naturales celos de mujer enamorada, y persistió en sus proyectos, cada día más acariciados por su imaginación y más prendidos en su pecho.

Lo que más quería el cuitado era ganarse la entrada en el palacio de Príamo y el reconocimiento de su familia para poder pasar bajo su advocación á Grecia, y con su auxilio, y en su nombre, cumplir el acariciado propósito. Habíanse anunciado juegos solemnes en Troya, presididos por el rey, á los cuales concurrían corte y pueblo. Un toro estaba designado por premio al vencedor. Personóse con soberbia confianza en tan jubiloso lugar el inexperto mancebo, y prendó á todos por su varonil y singularísima belleza. Como suelen los voluptuosos, Paris sabía ejercer aún aquellas artes más contradictorias con la voluptuosidad, si conducía su ejercicio al codiciadísimo logro de mayores y más intensos placeres que granjear á su cuerpo sediento de goces. Así venció en las competencias de aquellos juegos á todos sus competidores, atónitos ya desde su presentación en las lizas á la vista de su belleza. Y cuando, ya vencedor en rápida victoria, el pueblo le aclamaba con sus vítores, las mujeres le seguían con sus ojos, la corte le tomaba por un héroe y le creía su defensor natural, bendecíanle á una los soldados y le envi-

diaban los príncipes, dirigióse Paris al sitio donde se hallaba la reina Hécuba y le mostró ser su hijo, entregándole aquellos pañales en cuyos pliegues le habían envuelto para exponerlo y depositarlo sobre las alturas del Ida. Olvidados todos, por su mal, de las oraculares sentencias, y ciegos al resplandor de tanta hermosura y gloria, convinieron en abrirle familia, palacio, templo, gobierno, considerándolo como lo que naturaleza le hiciera, como príncipe de la real sangre troyana. Entre los griegos de la Europa oriental y los habitantes del Asia occidental, á causa de la vecindad de sus regiones y de las afinidades múltiples de su parentesco, había mucho trato diplomático, y cual siempre que hay trato diplomático entre dos pueblos, también varias mutuas reclamaciones. A una de tantas envió Príamo á su hijo Paris, quien, al partirse para Grecia en su nave, proponiéndose cosa tan reprehensible como un rapto, se llevó consigo la salud y la felicidad de Troya. Viejos monumentos nos guardan el minuto supremo en que llega Paris á la presencia de aquella mujer designada por Venus como la más hermosa entre todas las mujeres. Helena, recatadísima y triste, sentada sobre un taburete regio, tiene junto á sí á Venus, que le señala el ingreso en la estancia; tras sí á sus damas, que la recrean, soplando en la flauta de dos tubos ó tañendo en la

cítara de oro, y frente á sí Paris, conducido á su presencia por el amor en persona. La bella reina helénica deja caer sobre su pecho la frente, como á la pesadumbre de una idea, y lleva su mano derecha con cuidado a la mejilla izquierda, como conteniendo el trasunto de un propósito, dudosa en una incertidumbre que la hubiera salvado de no haber asistido la persuasión, que le incita fuertemente á tropezar y caer. Otros monumentos de arte asocian las musas al rapto de Helena, y mientras Paris se ofrece muy hermoso al mirar de la reina, conducido por el amor, muy joven pero muy robusto, acompañan las musas escena tan interesante, y Polimnia se apoya pensativa en una columna, y Euterpe toca sonos de baile, y Erato preside á los armoniosos himnos y á las amorosísimas canciones. ¿Qué había de pasar? El destino sellaba con su sello indeleble aquellas frentes; el amor conducía solícito al voluptuoso mancebo, de hirviente sangre y fortísimas propensiones; Venus, cuyo imperio todo lo domina, sentábase junto á Helena para moverla y persuadirla; cantaban las musas todas cánticos de placer, y excitaban cielo y tierra de consuno hacia el amor á dos enamoradizos.

La catástrofe se hallaba muy cerca. No podía menos de prender el amor entre Paris y la hermosa Helena. Prendiendo el amor, no podía menos de

venir el rapto. Y viniendo el rapto, no podía menos que traer consigo la catástrofe. Nos hallamos en tiempos de verdadera transición, entre la edad griega que podríamos llamar divina y la edad griega que podríamos llamar heroica. El cuadro de la ninfa Tetis casándose, mal de su grado, con el héroe Peleo, nos pinta en vivos colores todo este descenso de los inmortales á los mortales, ó si queréis, todo este ascenso de los mortales á los inmortales. Pues Helena es hija, por su parte, de un dios y de una mujer. Leda la generó de Júpiter, y Júpiter, para engañar á Leda, tomó la forma de cisne. Había entrado el cantor Homero en el Olimpo antiguo, y traídole con sus cánticos una conmoción profundísima desde raíces á cumbres. Todo estaba cambiado en aquella trascendental revolución religiosa. Una idea nueva se había difundido como savia primavera por la conciencia humana. Los dioses á una se habían hecho hombres, y á una los hombres se habían hecho dioses. La especie intermediaria entre la humanidad divinizada y la divinidad humanizada era el homérico héroe, puesto en suaves canciones y en músicas melodiosas por los aedos ó poetas. El ciego inmortal había visto tras los cerrados ojos de su cuerpo, con los abiertos de su alma, una fase nueva de la conciencia humana transformada en cambio bien análogo con los nuestros del Renaci-

miento, del protestantismo, de la filosofía moderna, de la revolución universal. Homero no escribe de sucesos que haya presenciado ni de hombres á quienes haya visto. Su poema de la conquista de Troya dista del suceso que canta casi lo mismo que dista nuestro inmortal Zorrilla del sitio de Granada. Cuatrocientos años llevaban encerrados sus héroes en los sepulcros cuando los evocó él, y les puso la vida en los huesos fríos, y ciñó á sus cuerpos resucitados las armaduras de oro, y colocó en sus almas, del Orco revenidas, los inmortales hexámetros, sobre cuyas alas se han levantado y se levantarán todos los versos hasta la consumación de los siglos. Los hechos, que él ha contado, son los hechos históricos; las escenas, de su lira escapadas, son las verdaderas y reales; aquellos hombres, por él hechos en los paraísos de su imaginación y al soplo de sus labios animados, viven más que cuantos hombres de carne pudieran presentarnos los yertos anatomistas de la historia, colgando los esqueletos de la realidad en sus gabinetes anatómicos; Grecia es, cual Homero ha querido que fuese, por haberle dado el cantor inmortal, especie de Dios, á su creación divina, la voz con que ahora todavía nos seduce, la forma con que nos encanta y el resplandor con que brillará sin ocaso y sin eclipse ninguno en todos los tiempos de la humana historia.

Cuando los griegos más aprietan el cerco de Troya y las angustias de aquella población asediada más crecen y más apenan á sus tristes habitantes, hallábase un corro de viejos troyanos comentando tantas calamidades, y de súbito aparece la causa de todas ellas, la hermosísima Helena. Cualquiera hubiese creído que, al verla sobre las ruinas amontonadas por su culpa, entre las angustias de un sitio tan riguroso, cuando las enfermedades todas esparcían en los aires la muerte, aquellos ancianos hubieranla maldecido y entregado su nombre á universal execración. Pues no; era tal y tanta su hermosura, que la bendijeron los mismos afligidos por ella, y declararon en voz alta á una cómo aun merecía más tanta prestancia modelo tan singular y expresivo, diosa de aquella majestad, cuyas apariciones parecían siempre mentidas, por deslumbradoras, cual descensos de un sér superior desde otro mundo excelso á este mundo bajo é ínfimo, el cual no podría merecer nunca jamás tanta belleza.

Lo cierto es que cautivaba con sus encantos á todos los que la veían. Aquel Teseo, de las mujeres tan despegado, quien abandonó cruel á la sin par Ariadna, robó también á Helena, y hubiérala tenido en su poder, de no amenazarle con su cólera los reyes helénicos. La cuestión de su casamiento tratóse por aquellos días en asamblea pública y solem-

ne, á causa de que Teseo hubiera muy bien podido con su amor y con su rapto desatar una guerra civil en Grecia, como luégo se desató por el amor y el rapto de Paris una guerra intercontinental en Asia! La fascinación ejercida por Helana sobre cuantos la veían y la trataban debió tener tanta intensidad, que no podían conjurarla muchos mortales, y estaban los reyes y los héroes griegos en el explícito caso de ocurrir á cualquier eventualidad triste, causada y traída por su incomparable belleza. En virtud de tales consideraciones, eligieronla un esposo, y pactaron regia liga territorial contra todo atrevido que atentase á su felicidad y que quisiese arrancarle aquella mujer tan por todo extremo tentadora y tan universalmente codiciada. Pero los reyes griegos habíanlo tenido todo en cuenta, menos la complexión de la joven, su ardiente naturaleza, lo voluptuoso y sensual de su complexión, las propensiones incontrastables á ser amada y á amar, la complicación que podía surgir del enlace de una mujer así con un varón respetable y poderoso; más, viejo, muy viejo para ella. Los antiguos escultores nos han dejado bustos del esposo de Helena, que no pueden llamarse retratos por lo muy posteriores á él, pero sí efigies verdaderas de la idea que su recuerdo y su historia dejaran en el concepto universal. Es un hombre maduro, de pro-

porciones colosales, coronado con regio casco, donde brillan todas las virtudes del buril helénico, cuello de toro, pecho de gigante, nariz de griego, barba y cabellera parecidas á la barba y á la cabellera de Neptuno, pero de una dureza que se compadecía con el amor bien poco y de una edad que se apartaba mucho, por lo madura y por lo provecta, del tipo que su ardiente esposa debía forjarse allá en sus juveniles deseos. Y cuando compartía mesa y lecho ésta con un hombre así, aparece de pronto en la corte joven hermosísimo, la belleza varonil acabada, como Helena fué la belleza femenina; de cuerpo sin defecto; de voz melodiosa como los acordes suaves de una cítara ó de una flauta; luminosísimo cual un astro por el resplandor caluroso despedido de sus encendidas miradas; los labios vibrantes aún de cánticos; las manos ocupadas por el arco armonioso con que acaba de vencer en competencia solemne; de leyendas poéticas circuído á la manera que de mariposas y abejas un arbusto enmielado; capaz por sus fascinaciones de turbar el reposo en la casa y en la familia misma de la divinidad; adulado por las diosas mayores en el certamen más célebre que habían visto las edades; capaz, por tanto, de todos los triunfos, como dotado á manos llenas de todos los prestigios.

Uno de los monumentos literarios que nos ha legado el viejo mundo clásico es el maravilloso libro de Ovidio titulado *Herodías*. Y uno de los más bellos fragmentos en tamaño libro, es la carta de Paris á Helena y la respuesta de Helena á Paris. El joven pastor de Ida, reconocido ya príncipe, cuasi monarca, por sus padres, entra en el palacio real de la severa Esparta, cuando Helena y Menelao gozan bajo el común techo, no de la delirante felicidad que trae un amor exaltadísimo, de la serena paz que procura un buen matrimonio. Ha querido pintar Ovidio, y ha pintado con suma felicidad, el momento en que comienzan las poderosas seducciones de Paris y las débiles resistencias de Helena. ¿Debe hablar aquél de un amor manifestado por sus ojos mucho más de lo que quisiera su pecho? Holgárase de poderlo encubrir con solicitud hasta el momento de poderlo gozar sin miedo, mas nadie alcanza, en verdad, á ocultar una llama revelada por su propia luz. Paris confiesa que arde todo su sér en insensato amor. Si escribe, cuando la palabra escrita no corresponde al sentimiento experimentado, es para cerciorarse de que quien recibió su carta recibirá su persona. Venus le ha prometido Helena, y Venus á su promesa no faltará jamás. Partido de las riberas del Sigeo bajo la guía de tal diosa, y entregado á los mares, creyó

naufragar en sus zozobras, y hubiera naufragado si la bella Citerea no le muestra, reteniendo vientos y serenando olas, que aun hoy es el mar su dominio, como fuera en otro tiempo su cuna. Paris no habia en las costas de Tenaro caído, ni á las violencias del naufragio, ni á los cálculos del comercio; las ciudades suyas excedían en mucho á las ciudades griegas, y ninguna de éstas valía ni un peligro de mareante ni un desvelo de mercader. Lo que allí había de fascinador era la mujer predilecta, entre todas las mujeres, á su corazón enamorado y enamorado. El destino la señaló con su marca indeleble para él, y desde aquella ocasión suprema no ha cesado un punto de arrastrarlo al cumplimiento de sus mandatos con las voces acordes y sonoras de una fama, la cual, á diario, encarecía en pregones sin fin las gracias sin medida y sin número de la diosa Helena. Paris le recuerda con oportunidad á su amada que no había nacido aún, y ya significaba, en las entrañas mismas de su madre, llama y ardor. Pues tal llama era la llama de su corazón, y tal ardor el ardor de su sangre.

Perdido en los valles umbrosos de Ida, extendía la vista sobre los muros de Troya y sobre las líneas del mar, desciniéndose á tal paisaje de su baja condición pastoril y columbrando en lo lejos destinos, mayores á cada paso, revelados por los manan-

tiales donde se retrataba la belleza de su cuerpo y por las reflexiones donde se retrataba la belleza de su alma. En aquellos sitios, sembrados de brezos, adonde no llegan ni el pacífico borrego, ni la saltadora cabra, ni el perezoso buey, llegaron las diosas, y Venus, encendiendo la llama de los amores en él, prometióle su Helena. En vano la reina de las diosas le ofrecía un imperio; en vano Palas el coraje necesario para conquistarlo y merecerlo: pudo llevar una corona y ceñir una espada, pero todo lo despreció por libar un beso en los labios ardientes de la hija de Leda. Como Paris deseaba, en su amor, á Helena, las ninfas de todos los campos y las jóvenes de todas las ciudades ¡ah! deseaban á Paris. Mas éste las desdeñaba y las desconocía, ansioso de tener por compañera en el palacio de Priamo á la que le había placido y enamorado antes aún de verla. Venido Paris á Esparta, el rey Menelao, esposo de la bella Helena, le recibe como huésped en cumplimiento de los mandatos divinos. Y para honrarlo y divertirlo, muéstrale todas las rarezas más prestigiosas de Lacedemonia, cuando él sólo deseaba ver la singular y excelsa del rostro de su mujer. Entreviólo al fin, y quedó maravillado, por parecerse toda ella en figura y en faz á la Venus Citerea cuando se inclinó á su juicio y á su sentencia, ostentando así con mayor os-

tentación todas las bellezas de su divino cuerpo. Y á pesar de esto, dícele Paris á Helena que si tras Juno, Palas y Venus ella se presenta, obtiene de su mano veredicto y premio. La realidad verdadera de su belleza ¡ah! se alza con esplendor indecible sobre su renombre y sobre su gloria. Paris había encontrado, pues, mucho más de lo que le prometieran y anunciaran. Compréndese muy bien que Teseo cayera cautivo de beldad tanta el día en que se presentó Helena desnuda en la palestra, compitiendo con los atletas griegos por su vigor y por su destreza. Comprendía y aun aprobaba Paris que Teseo la robase; lo que nunca comprendió fué que la devolviese. Él se hubiera dejado antes arrancar la cabeza de los hombros que hacer lo que hizo Teseo, devolver intacta la virgen hermosísima y separarla para siempre de su lado.

Paris describe con vivos colores los placeres que tenía reservados á Helena si con su amor se correspondiese y concertase alguna vez. El himeneo con un hombre de su alcurnia no la rebajaría, porque si ella cuenta como su padre á Júpiter, él cuenta su descendencia también rodeada muy armoniosamente de las Pléyades; y si ella tiene por esposo un rey tal como Menelao, él tiene por padre un rey tal como Príamo. Incita Paris tenazmente á Helena para que le acompañe á Troya, donde, al

ver las gentes innumerables, los palacios dorados, los templos dignos por su grandeza y por su hermosura de los respectivos dioses, Ilion y sus soberbios muros levantados por la lira de Apolo y los coros de Frigia, no podrá menos de reconocer cuán pobre y misérrima es Aquea. No trataba Paris en estas comparaciones de aminorar á Esparta, tierra sobre todas las tierras, por el hecho de poseer á Helena; pero su parsimonia en el gastar, su sobriedad en el comer, su sencillez en el vestir, no cuadraban á la hermosura de su reina. Mujer tal merecía renovar á cada instante sus vestidos, realzados por todos los refinamientos que puede invenir y procurar un lujo asiático. No debía Helena desdenarle por frigio, pues frigio fué Ganímedes, que ahora escancia en el Olimpo á los dioses la bebida, frigio el esposo de la Aurora y frigio aquel Anquises en cuyo seno reposaba la diosa feliz de los amores fáciles. Menelao no podía serle preferido, cuando él llevaba por su prestancia, por su edad, por su familia, por su origen y por su carácter á Menelao tantas ventajas. Y, sin embargo, ese marido indigno de su belleza la tiene junto á sí noches enteras, y la ciñe con sus brazos, mientras él duerme, no lejos de allí, solo, enteramente solo, consumido en la llama del amor, la cual, cruelísima, le abrasa y no le concluye, cuando tanto le conven-

dría la muerte para no experimentar la pena intensísima de sus celos rabiosos. Tanto sufre, que no desearía ver su dolor en los mayores enemigos suyos repetido. Cuando se asienta con sus huéspedes á la comida, y llega la hora de servir el vino, maldice aquella hospitalidad tan deseada, porque llega también la hora de ver cómo los groseros brazos del rey pasan por el cuello de su mujer, y cómo sus toscos labios le dicen mil estudiadas ternezas. Desgárranle con sus garfios las entrañas los celos cuando echa su copa sobre las rodillas de la diosa Menelao y á la vista de Paris la da muchas veces un voluptuosísimo beso. A este minuto escalofriábanse, como atravesadas por estertores de agonía, sus carnes, y se le cerraban los ojos, cual si hasta ellos subiera el negror de la muerte. ¡Cuántas veces, al verlos abrazados, ó bien ponía entre sus ojos y aquellas personas, causa de sus torcedores, la copa, ó bien tornaba la cabeza para que no vieses cómo los alimentos saltan de su estómago, que los rehusa, y llegan en vómito á su boca. Bajo tan triste situación ha suspirado mucho, y por todo premio ha visto suspiros tales como los suyos ó menospreciados ó aborrecidos, que no podían tener otra significación las ruidosas carcajadas de Helena. ¡Cuántas veces ha querido ahogar las penas en su pecho! Mas el vino ha resultado al fin fuego ex-

terno y voraz unido al fuego interno y voraz de sus entrañas. ¿Qué hacer? Mil veces ha querido contrastar la horrible pena huyendo, pero al cabo ha sentido que no habría pena tan grande como la pena de su ausencia.

¡Cuánto diera porque sólo Helena llegase á entender sus dolores! Así, mil veces, lloroso, ha tenido que apartar la mirada de todos y enjugar las ardorosas lágrimas á fin de que nadie le preguntase por su origen. Para espaciarse y dar á sus reprimidos afectos algún vado, hace con empeño entretenido en contar juveniles amores, que no eran otros sino los por él experimentados. Y no ha faltado alguna ocasión gravísima en que ha debido simular la embriaguez de su cuerpo para esconder la embriaguez de su alma. En tal situación no le quedaba otro recurso al cuitado sino hincarse de hinojos ante la diosa Helena y abrazar con efusión sus rodillas, pidiéndole piedad, pues había decidido en su alma ó ser con ella en el puerto de Sigeo, llamándola esposa, ó ser enterrado á sus piés, en la tierra de Tenara, llamándola ingrata. Inútil que invocara el amor conyugal. Para ser fiel á Menelao y severa con Paris necesitaba una cosa tan sólo, dejar de ser bella. La hija de un amor como el de Leda, sorprendido y robado, no heredó la castidad. Á mayor abundamiento el marido, que debía celarla como su